

POPULISMO: GUÍA DE USO

ANTONIO MANUEL PEÑA FREIRE
Universidad de Granada
apena@ugr.es

DE LA TORRE, Carlos. *Populismos. Una inmersión rápida*, Tibidabo Ediciones, Barcelona, 2018.

La claridad es prueba definitiva de solvencia: solo cuando se conoce del modo más solvente un asunto, es posible exponerlo con la claridad necesaria para que incluso quienes carecen de los presupuestos propios de los expertos lo comprendan con facilidad. Carlos de la Torre ha dedicado gran parte de su vida académica al estudio del populismo, en especial, el latinoamericano y es autor de numerosas obras de referencia sobre el tema. En *Populismos. Una inmersión rápida*, Carlos de la Torre ofrece todas las claves necesarias para comprender qué son los populismos, cómo se han manifestado, cuáles son sus riesgos y cuáles los factores que los hacen más peligrosos. El libro es un libro básico, escrito con un estilo fresco y está plagado de ilustraciones históricas, ideas y referencias interesantes. Por esa razón, es especialmente útil para quien desea tener una visión panorámica sobre el asunto, pero también es una buena puerta de entrada al problema del populismo para el investigador o académico que, desde una posición de compromiso razonado y no dogmático con la democracia liberal, observa con curiosidad y con cierta inquietud la proliferación de líderes y partidos populistas y desea profundizar en el tema.

El libro comienza con una afirmación que es ya un clásico en los estudios sobre el populismo: “El siglo XXI será recordado como el siglo de los populismos” (p. 9). En ella resuenan los ecos de la obra de otro experto en populismos, Ivan Krastev, que popularizó afirmaciones similares relativas al *momento populista* o a *la era de los populismos*. Es verdad que afirmaciones de ese tipo parecen haber sido una constante en otras épocas, pero en la actualidad, cuando las grandes luminarias democráticas de nuestra era han sucumbido más o menos estrepitosamente a los cantos de sirena del populismo (los Estados Unidos con Trump y el Reino Unido con los brexiteros), pudiera ser el caso de que, efectivamente, esta vez sí, el momento del populismo haya llegado.

Sea como fuere, lo cierto es que no contamos con una definición estable de lo que sea el populismo. El carácter proteico del fenómeno, que igual se manifiesta a izquierda que a derecha, en favor de la democracia o en contra o como xenófobo o integrador, no ayuda a su definición y el hecho

de que muchos de los que se apliquen a su definición sean actores de primera línea en el auge del fenómeno tampoco. De la Torre es consciente de estas dificultades y las sortea con solvencia y sin incurrir en el dogmatismo.

En el primer capítulo de la obra, se aplica a exponer y analizar las diversas teorías que concurren a explicar la naturaleza del populismo. Las hay que lo explican como un fenómeno que se produce en el tránsito de la sociedad agraria a la industrial (p. 19), como una ideología porosa o multiforme (p. 31) o las que lo explican como una estrategia política para alcanzar el poder (p. 25) y como una lógica política que confronta al pueblo con el poder y que afirma que la contraposición entre ambos es irresoluble y transforma ese antagonismo en apoyo popular hacia un líder que personifica las propuestas y aspiraciones populares (p. 35). Estas dos últimas son las explicaciones preferidas por el autor, que no duda en describir a los populistas, en consecuencia, como unos oportunistas pragmáticos que no desprecian ninguna ideología que les permita acceder al poder y que, por esa misma razón, no dudan en polarizar la política en campos antagónicos o en erigirse en la personificación misma del pueblo (p. 43). En ese sentido, Carlos de la Torre sugiere, con Laclau (p. 10), aproximarse al populismo entendiéndolo como un método para la formación de identidades populares. También explica cómo los populistas construyen la política como un escenario de confrontación entre dos grandes grupos antagónicos —el pueblo y los enemigos del pueblo— y cómo al hacerlo así reducen la complejidad de la política y los matices y contradicciones ideológicas a una lucha de un pueblo naturalmente bueno y virtualmente representado por un líder populista con sus enemigos naturalmente malos. El enemigo del pueblo es esquivo, aunque sus formas resultan conocidas: puede ser la banca, el FMI, la prensa, los inmigrantes, las élites de los partidos tradicionales, etcétera. En cualquier caso, el pueblo marginado y despreciado es bueno y actúa en plenitud de su derecho cuando, bajo la guía del líder populista, comienza a sacudirse el yugo bajo el que sus enemigos lo han colocado.

Que el populismo tenga una vocación liberadora, reformadora y democratizadora es compatible con el hecho de que, a la vez, amenace con destruir la institucionalidad y los procedimientos sobre los que la democracia se construye y de que, en ocasiones, incluso cumpla su amenaza. Esto pone de manifiesto, de nuevo en expresión de Krastev, que el populismo es un enemigo interno o auto-enemigo (*self-enmity*) de la democracia.

Carlos de la Torre es plenamente consciente de esa doble dimensión: por eso no se aproxima al problema del populismo desde una posición sectaria. Aunque crítico, no hay en su obra un rechazo visceral del populismo: es consciente, por ejemplo, de que no todos los populismos son iguales ni igualmente antidemocráticos (p. 14), de que existen diferencias importan-

tes entre populismos excluyentes e incluyentes (p. 43) y también de que la democracia liberal tiene que aceptar muchas de las críticas populistas y no descuidar la defensa de los derechos civiles, políticos o sociales de los ciudadanos (p. 45). De la Torre se refiere en repetidas ocasiones a los populismos integradores que aspiran a solventar los déficits de representación del pueblo y nos sugiere que les prestemos atención. Sin embargo, también sabe de la preferencia populista por la aclamación o representación plebiscitaria, directa o virtual y por el gobierno desde el ejecutivo y considera acreditada su hostilidad hacia los jueces independientes y hacia el pluralismo y la autonomía de la sociedad civil, factores todos estos que convierten a los populistas en amenazas a la democracia practicable y que suelen colocarlos en una dinámica que da inicio al deterioro de la democracia y culmina en alguna forma de autoritarismo (p. 12).

El análisis del liderazgo populista y de los métodos empleados por los líderes para conectar con *su* pueblo, analizados en los capítulos tercero y cuarto, ilustran bien los riesgos del populismo. El lector encontrará aquí una impresionante e inquietante sucesión de entrecorridos de numerosos políticos asociados al populismo que ponen de manifiesto la dimensión redentora de su liderazgo, su asociación a mitos religiosos y nacionales, el maniqueísmo, cuando no vulgaridad, de su discurso y su siempre problemática relación con la prensa y con la libertad de información. Aunque el populismo, a diferencia de los fascismos, no es frontalmente enemigo de la democracia, su relación con los mecanismos representativos no es buena: es clara la preferencia de los populistas por la representación directa, virtual o carismática, por los actos de masas en los que establecer un vínculo personal con el pueblo y por mantener ese vínculo mediante el recurso a redes clientelares. Son singulares las referencias que muestran cómo los líderes populistas se presentan a sí mismos ante el pueblo como seres dotados de atributos y rasgos excepcionales, casi divinos. Lo logran, en ocasiones, resaltando su virilidad o su potencia sexual, para lo que dudan en recurrir a estereotipos machistas, homófobos y sexistas, como se ilustra con las alusiones de Abdalá Bucaram al “semen aguado” de su contrincante o la imagen de Rafael Correa prometiendo limpiar la corrupción cinto en mano, cuando ese instrumento es usado para ejercer violencia sobre mujeres y niños (p. 74). La intencionalidad de estas imágenes y símiles es, para el autor, obvia: que los seguidores y votantes *deifiquen* al líder identificándolo como una persona excepcional y fuera de lo común, con lo que lógicamente, las razones y casos en los que reclamarle algún tipo de responsabilidad por sus actos también quedan convenientemente excepcionadas.

Como se pone de manifiesto en los capítulos cuarto y quinto, hay una marcada divergencia entre las promesas y las decisiones de gobierno de los

populistas. Cuando el populismo reta al poder establecido, presenta sus facetas más favorables: politiza temas que eran presentados como técnicos y que habían quedado sustraídos del debate público, incentiva la movilización popular y la participación política, desafía las prácticas oligárquicas de las democracias establecidas y provoca cierto renacer en la política en los que sectores excluidos del pueblo buscan participar del poder monopolizado por las oligarquías. Sin embargo, a juicio del autor, con excepción de los casos de Syriza o Podemos que por su dimensión integradora podrían quedar al margen del pronóstico, es manifiesta la contradicción entre la voluntad democratizadora y la concentración autoritaria del poder en la figura del presidente/líder populista o el control de la sociedad civil que se da cuando el líder populista alcanza el poder. En el mejor de los casos, esa vocación democratizadora termina manifestándose apenas como la disposición constante a la movilización popular en apoyo de un líder transformado en un redentor, con lo que lejos de *empoderar* auténticamente a la población excluida habilitándola, por ejemplo, a comprender la complejidad de los asuntos públicos o a criticar al poder establecido, el populismo se limita apenas a promover la fe en el líder y un credo maniqueo entre sus adeptos. El nuevo sujeto colectivo, señala Carlos de la Torre, ejerce la democracia participando en actos públicos, ritos y festivales y adhiriéndose a un líder, pero el perfeccionamiento de las instituciones liberales que limitan al poder y garantizan su control, lógicamente, quedan para mejor ocasión (p. 111).

Que los populistas suelen olvidar las promesas de inclusión y democratización cuando alcanzan el poder y que comienzan deslizarse peligrosamente por la pendiente que lleva de la democracia imperfecta al autoritarismo se explica, a juicio del autor, por la lógica schmittiana de los populistas, que definen a los rivales políticos o ideológicos como enemigos y que promueven una visión unitaria y excluyente del pueblo —el pueblo-como-uno— encarnado en un líder redentor. A mi juicio, esa dimensión pone de manifiesto que el populismo desprecia al adversario político al que considera afectado por un fallo moral. Por esa razón, el populista es dudosamente demócrata. No valora la democracia ni ofrece ninguna razón de peso para ser demócrata. Él lo es porque se le da bien ganar elecciones y porque ve en los procesos electorales y mayoritarios una oportunidad para llevar a cabo sus proyectos. Pero rechaza la posibilidad de que otros lo hagan porque los juzga viciados y porque considera moralmente fallidos sus proyectos.

Aunque para Carlos de la Torre, el cesarismo populista es incompatible con la fungibilidad de los liderazgos democráticos, lo cierto es que él no termina afirmando que exista una radical y completa incompatibilidad de

toda manifestación del populismo y la democracia. No encontrará el lector en esta obra una condena al por mayor de toda expresión del populismo por el hecho demostrado de que algunas de ellas hayan tenido consecuencias nefastas. Carlos de la Torre no cree, por ejemplo, que la presidencia de Trump termine en una involución autoritaria de la democracia americana, aunque tampoco parece dispuesto a reconocer a Trump el mérito de esa circunstancia, pues son la sociedad civil estadounidense y los complejos mecanismos de frenos y contrapesos tejidos durante siglos los que previsiblemente impedirán esa deriva. En otros casos, es el hecho de que no se construya excluyente ni unitariamente al pueblo o de que no haya un rechazo frontal a la institucionalidad el factor que mitigará expresiones autocráticas, como ocurre con Syriza o como, llegado el caso, podría ocurrir con Podemos.

Y, sin embargo, pese a esas cautelas, el autor tiene un veredicto final contundente para el populismo. No cree, pese a su vocación integradora, su politización de las exclusiones, etcétera, que vaya a hacer más democráticos a los regímenes que terminen decisivamente afectados por la fiebre populista (p. 156). Democratizar es otra cosa distinta de aquello a lo que, según la experiencia, conduce la lógica populista. La condena, sin embargo, admite cierta redención: las críticas populistas a los regímenes democráticos y a los poderes constituidos deben tomarse serio, aunque sin olvidar que sus soluciones son problemáticas, pues si no estrangulan las democracias, en el mejor de los casos las desfiguran reduciendo la complejidad social a dos polos antagónicos, uno bueno y otro perverso, entre los que es forzoso tomar partido (p. 159). Frente a esa construcción schmittiana de lo político, que, según el autor, en su mejor expresión promueve un populismo de izquierdas para evitar uno de derechas, Carlos de la Torre apuesta decididamente por un modelo de democracia constitucional, participativa, pluralista y con separación de poderes, en el que las instituciones liberales sirvan para crear instituciones y procedimientos que faciliten la expresión razonada de las demandas sociales y su traslación a la esfera pública.